

de un solo país. Pero es un proyecto desalentador si lo planteamos a escala mundial. ¿Cómo puede un técnico de la Boeing de Seattle concebir «estar junto» a un trabajador de una plantación de té de India? Para que hubiera alguna forma de solidaridad que uniera a estas personas, es necesario, una vez más, el estímulo moral que parecía tan innecesario¹⁶ para que se diera la solidaridad proletaria en el pasado. Los más ampliamente favorecidos en el proletariado del mundo deben convertirse en gente sensible en gran medida a los llamamientos morales para que haya algún progreso en esta línea.

6

Y las mismas consecuencias para las perspectivas de igualdad son las que se derivan del hecho de que el proletariado no haya logrado, ni parezca estar en condiciones de lograr, la unidad y el poder que anticipaba la creencia marxista. El capitalismo no produce sus propios enterradores.¹⁷ La antigua acción (en parte real y en parte imaginada) de la transformación socialista ha desaparecido y no hay, y nunca habrá, otra parecida a ella. Los socialistas tienen que conformarse con un escenario menos dramático y deben comprometerse con una defensa de carácter más moral que aquella que otrora estuvo de moda. Y ahora quiero discutir, a la luz de estas consideraciones, un aspecto de este problema actual que permite hacer aflorar un nuevo fundamento para exigir la igualdad —nuevo con respecto no sólo a las expectativas tradicionales marxistas sino también a las principales expectativas liberales—. Como veremos, este nuevo fundamento está conectado con el hecho de que haya resultado falso el pronóstico de abundancia que hacía el marxismo y que en el pasado constituyó el fundamento de que no se *exigiera* la igualdad, sino que se creyera que era inevitable.

El nuevo fundamento para exigir la igualdad se relaciona con la crisis ecológica. El grado de amenaza a la humanidad que esa crisis plantea es un asunto controvertido entre los expertos y también lo es el remedio que se precisa, si es que aún no es demasiado tarde para hablar de remedios. Pero dos enunciados me parecen ciertos: que nuestro medio ambiente ya está severamente degradado y que, si hay alguna forma de salir de la crisis, esa forma ha de pasar por un menor consumo material del que ahora existe y,

como resultado de ello, ha de pasar por cambios no deseados en el estilo de vida de cientos de millones de personas.

Déjenme distinguir entre lo que es cierto y lo que es una conjetura en esa antipática apreciación. Es indudable que el consumo que realiza Occidente, *medido en términos de uso de la energía combustible fósil y de recursos naturales*, en porcentaje debe reducirse drásticamente y que el consumo que realizan los países no occidentales, considerado en conjunto, nunca alcanzará los niveles actuales de Occidente, *medidos de esta forma*. Pero la reserva que incorporan las palabras en cursiva es importante. Es cierto que no podemos lograr los bienes y servicios de los que disfruta Occidente para toda la humanidad, ni siquiera mantenerlos para una minoría de las dimensiones de la que los ha venido disfrutando hasta ahora si seguimos haciendo uso de los combustibles y materiales que se han usado hasta el momento para proporcionarlos. Si distinguimos los bienes y servicios de los métodos que habitualmente se han utilizado para proporcionarlos, es menos cierto que las satisfacciones que deseamos en relación con el consumo no puedan asegurarse en la escala deseada por nuevos métodos. Pero creo que la segunda afirmación, sobre los bienes y servicios como tales, también es cierta¹⁸ y los siguientes comentarios abundan en ese supuesto.

Cuando el conjunto de la riqueza aumenta, la situación de los que están en lo más bajo de la sociedad, y en lo más bajo del mundo, puede mejorar, incluso aunque la diferencia entre ellos y los pudientes no disminuya, sino que incluso aumente. Donde se dé esta mejora (y ha sucedido, en una escala importante, para muchos grupos desfavorecidos), la justicia igualitarista no dejará de exigir igualdad, pero esa exigencia puede parecer estridente, o incluso peligrosa, si los desfavorecidos se transforman rápidamente en pudientes, incluso aunque no lleguen al nivel de los que están por encima de ellos. Sin embargo, cuando el progreso obligue a buscar un camino de retorno, cuando tengan que reducirse los estándares medios de vida material, entonces la gente pobre y las naciones más desfavorecidas ya no tendrán la esperanza de poder aproximarse a los niveles de comodidad de que disfrutaban ahora los pu-

18. Esto significa que creo (entre otras cosas) que, si en el futuro aparece un «arma de fusión nuclear», entonces, en relación con lo lamentable que ya es nuestra situación, no llegará lo suficientemente pronto como para viciar las observaciones que siguen. (No puede excluirse que la predicción de abundancia que hizo Marx se siga defendiendo en un futuro lejano. Las actuales observaciones reflejan forzosamente mi propia creencia en que serán necesarias constricciones semejantes durante una cantidad de tiempo suficiente como para justificar un interés extremo, tanto si la clásica predicción de la abundancia llegara a satisfacerse un día como si no.)

16. Con esto no quiero decir enfáticamente que sea realmente innecesario o que esté ausente.

17. Véase Marx y Engels, *The Communist Manifesto*, pág. 496.

dientes del mundo. Que disminuyan bruscamente los estándares medios significa que el establecimiento de una mejora ilimitada, en lugar de la igualdad, deja de ser una opción y las enormes disparidades de riqueza se vuelven, consiguientemente, más intolerables desde un punto de vista moral.

Fíjense en el fuerte contraste que existe entre el caso anterior —fundado en razones ecológicas— para aceptar la desigualdad y la creencia marxista tradicional. El logro de la igualdad marxista («de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades») ¹⁹ tiene como premisa la convicción de que el progreso industrial llevará a la sociedad a una condición tal de abundancia que será posible proporcionar lo que cada uno necesite para llevar una vida plenamente satisfactoria. Ya no habrá ocasión para competir por la primacía, ya sea entre individuos o entre grupos. Una razón para *predecir* la igualdad la constituía esa abundancia futura (supuestamente) inevitable. La escasez persistente es ahora una razón para *exigirla*.

Ya no podemos sostener el extravagante optimismo materialista de Marx previo a la conciencia ecológica. Al menos para el futuro que cabe prever, tenemos que abandonar la perspectiva de la abundancia. Pero, si estoy en lo cierto sobre las restricciones que plantea la crisis ecológica, también tenemos que abandonar, bajo amenaza de abandonar, si no, la política socialista, el rotundo pesimismo a propósito de la posibilidad *social* que acompañaba al optimismo de Marx a propósito de la posibilidad *material*. Pues Marx pensó que esa abundancia material no sólo era una condición suficiente sino necesaria para la igualdad, y no sólo para la igualdad, sino para que se diera una sociedad razonablemente decente. Pensaba que todo lo que no llegara a una total abundancia que acabara con los principales conflictos de interés haría que continuara indefinidamente la lucha social, una «lucha por las necesidades [...] y por todos esos antiguos asuntos inmundos». ²⁰ *Si Marx necesitaba ser*

19. Marx, *The Critique of the Gotha Programme*, pág. 24.

20. Marx y Engels, *The German Ideology*, pág. 46. Marx también pensaba que la transformación socialista sería socialmente posible sólo cuando fuera materialmente necesaria —es decir, necesaria para el desarrollo continuo de las fuerzas productivas:

«Si por esta razón el proletariado derroca la autoridad política de la burguesía, su victoria será sólo temporal, sólo un elemento al servicio de la propia *revolución burguesa*, como en el año 1794 [es decir, como en la Revolución Francesa], en tanto que en el curso de la historia, en su “movimiento”, las condiciones materiales que hacen necesaria la abolición del modo de producción burguesa y, por tanto, también el definitivo derrocamiento de la regla política de la burguesía no se hayan creado aún». (Marx, «Moralising criticism and critical morality», pág. 319.)

Véase, además, Cohen, *Self-Ownership, Freedom, and Equality*, cap. 5, sec. 6.

tan optimista en torno a la posibilidad de que esa abundancia se diera, era por su irreductible pesimismo sobre las consecuencias sociales de todo lo que no fuera esa abundancia ilimitada. ²¹

7

Y eso amplifica la explicación del fracaso del marxismo tradicional a la hora de plantear cuestiones de justicia distributiva. Bajo las condiciones de escasez —esto es lo que mantiene el marxismo tradicional—, la sociedad de clases es inevitable, la estructura de la propiedad plantea cuestiones de distribución y la discusión de la naturaleza de la justicia, en términos generales, es, por tanto, inútil para un movimiento político cuya tarea es derrocar la sociedad de clases, más que decidir cuál de los muchos criterios que hacen injusta esa sociedad es el que hay que utilizar para condenarla. Y tampoco es necesario indagar qué criterios serán precisamente los que exigirá la justicia en esa próxima situación de abundancia. Pues el comunismo, en el que todo el mundo tiene lo que quiere, sobrevendrá entonces sin esfuerzo (con algo de ayuda por parte de sus amigos obstétricos, como Tim Buck) ²² y se logrará la justicia, cualquiera que sea la concepción de ella que tengamos, sea utilitarista, libertaria o igualitarista. Dedicar energía a la pregunta «¿cuál es la forma correcta de distribuir?» es inútil con respecto al presente e innecesario con respecto al futuro. ²³

21. No se deduce que su optimismo en ese asunto fuera completamente irracional —es decir, causado sólo por una aversión a la desigualdad—. El que Marx también tuviera buenas razones para creer en una abundancia futura no es algo que podamos establecer sin un estudio más profundo del que yo he hecho acerca de su crítica de las pesimistas previsiones de la economía política clásica.

22. Véase la Conferencia 3, sección 1.

23. Lo que Marx llamó «el estado más bajo del comunismo» (que, siguiendo el discurso posterior de Marx, llamaré aquí «socialismo») proporciona una objeción a esa afirmación, pero no una objeción devastadora. La objeción es que el socialismo aplica un principio de distribución («a cada cual según sus contribuciones») que se puede representar como una respuesta que los marxistas dan a la pregunta de cuál es la forma correcta de distribuir. Pero esta objeción a la afirmación del texto no es devastadora por dos razones. Primero, el socialismo se ve como una forma meramente de transición y el principio que lo gobierna se justifica como apropiado para la tarea que tiene ante sí el socialismo de preparar el camino para el comunismo absoluto, más que como algo exigible desde el punto de vista de la justicia abstracta. Segundo, el marxismo considera que el principio socialista es más o menos ineludible, en ese estado histórico; no considera ese principio como una elección que requiera la

Ya no podemos creer en las premisas fácticas de aquellas conclusiones acerca de la (ir)relevancia práctica del estudio de las normas. No podemos compartir el optimismo de Marx sobre la posibilidad material, pero, por tanto, tampoco podemos compartir su pesimismo sobre la posibilidad social si deseamos mantener un compromiso socialista. El optimismo de Marx le permitió mantener un pesimismo que debemos abandonar porque debemos abandonar el optimismo que salvaguardó ese pesimismo.

No podemos confiar en que la tecnología vaya a arreglar las cosas por nosotros; si pueden arreglarse, entonces *nosotros* tenemos que arreglarlas, por medio del duro trabajo político y teórico. El marxismo pensaba que la igualdad se nos concedería como resultado de la abundancia, pero tenemos que buscar la igualdad en un contexto de escasez y, en consecuencia, tenemos que tener mucho más claro de lo que lo teníamos aquello que estamos buscando, qué razones tenemos para buscarlo y por qué medios institucionales puede realizarse. Ese reconocimiento debe dirigir los esfuerzos futuros de los economistas y filósofos socialistas.

justificación normativa de un importante menú de opciones políticas. (Para un mayor estudio de los dos estados del comunismo, véase Cohen, *Self-Ownership, Freedom, and Equality*, cap. 5, sec. 3.)

Conferencia 7

SENTIDOS EN QUE LO MALO PUEDE SER BUENO

Una mirada algo más ligera al problema del mal

La Conferencia 7 no podía reproducirse aquí. La razón es que era un ejercicio multimedia: el público aceptó mi invitación para cantar conmigo, con el acompañamiento de las cintas, un grupo de canciones populares norteamericanas que ilustran cómo las cosas malas pueden ser buenas. Las personas familiarizadas con el béisbol conocerán el momento de la séptima entrada cuando se pide a la multitud que se levante y cante «Take Me Out to the Ball Game», normalmente a los compases de un órgano. Consideré que diez conferencias serían más agotadoras que nueve entradas en el beisbol, en parte porque son diez, pero sobre todo porque son conferencias. Así que pensé que mi público agradecería, como los amantes del béisbol, un momento de respiro; pero el respiro que propuse no puede, para bien o para mal, materializarse en simples letras de molde.